

ciudad, y cuando estuvieron reunidos, les dijo: «Quiero que me deis todo lo que habeis hecho trasladar fuera por vuestros ciudadanos, y tanto dinero como habeis mandado á los almoravides para obligarles á combatirme: si no me obedecéis, os juro meteros en la cárcel y cargaros de cadenas.»

Hé aquí de qué manera entendia el Cid la generosidad! Temeroso de que los habitantes de Murviedro se defendiesen como desesperados, si los obligaba á rendirse incondicionalmente, los autorizó á abandonar la ciudad y á llevarse sus bienes; mas, ahora que era dueño, ahora que nada tenia que temer, quiso obligar á los que no pudieron separarse de los lugares en que habían nacido á pagarles una enorme suma! Estas desdichadas gentes no tuvieron con qué satisfacer la codicia del castellano, y entónces éste, despues de despojarles de cuanto poseian, les hizo cargar de cadenas y conducir como esclavos á Valencia. (1)

El Cid volvió tambien á esta ciudad; pero su carrera tocaba á su fin: acaso él mismo lo conocia; así al menos nos inclinamos á creerlo, cuando lo vemos ocupado en edificar

(1) *Gesta* Páginas 52 y 59. Este relato es muy notable porque es de un admirador del Cid.

iglesias, él, que habia quemado tantas cuando vivia de augurios y servia bajo la bandera de un príncipe musulman. En Valencia dió una nueva prueba de su ardiente deseo de reconciliarse con el cielo. Convertida en iglesia la gran mezquita de esta ciudad, le regaló un soberbio caliz de oro y dos tapices de brocado, los mas magníficos que jamás se han visto (1). Aunque enfermo, pensaba todavía en nuevas conquistas, y envió un cuerpo de ejército contra Játiva que queria quitar á los almoravides; estas tropas chocaron contra el ejército de Ibn-Ayicha, que acababa de conseguir cerca de Cuenca una brillante victoria sobre Alvar Fañez, general de Alfonso. Trabado el combate, las tropas del Cid fueron tan desdichadas como los soldados del emperador, y su derrota fué tan completa que pocos soldados consiguieron volver á Valencia.

Asi fué vencido este ejército que pasaba por invencible! El Cid recibió con esto un golpe mortal y en el mes de Julio de 1099 murió de cólera y dolor (2).

Su viuda Jimena procuró aún defender á Valencia contra los ataques incesantes de

(1) *Gesta*.

(2) *Kitab-al-ictifa*. El *chron. S. Maxentii vulgo dictum Malleacense* (apud Labbe, *Nova Bibl. M. S. S. t. II p. 216*). La *Chron. Burgense* y los *Anales Compost.* fijan todos la muerte de Rodrigo en el año 1099. Los *Gesta* traen el mes.

los almoravides, y durante dos años lo consiguió; pero hacia el mes de Octubre de 1101, el general Mazdali puso cerco á la ciudad con un gran ejército, y Jimena, despues de sostener el sitio durante siete meses, envió al obispo Gerónimo, nacido en Francia, á la corte del emperador para suplicarle que viniese en su auxilio. Alfonso, conmovido por la suerte de Jimena, se apresuró á socorrerla, y á su aproximacion los sitiadores se batieron en retirada; mas considerándola muy distante para disputarla por largotiempo á los sarracenos, Alfonso invitó á Jimena y á los compañeros del Cid á abandonar la ciudad. Todos los cristianos salieron entónces de la hermosa poblacion conquistada por Rodrigo Diaz, y no queriendo dejar á los sarracenos mas que escombros, la quemaron en el momento de su partida. Mazdali y sus almoravides tomaron posesion de estas ruinas el 5 de Mayo de 1102.

Jimena hizo enterrar el cuerpo de su esposo, que habia llevado consigo, en el claustro de San Pedro de Cardaña, no lejos de Burgos y mandó decir muchas misas por el reposo de su alma (1), sobreviviendo solo cinco años, pues murió en 1104 (2).


(1) *Gesta*.

(2) Véase Berganza t. I p. 553, 554.

TERCERA PARTE.

EL CID DE LA POESÍA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Poco despues de la muerte del Cid, la poesía castellana tomó vuelo, y decimos la castellana y no la española porque los poemas populares de que vamos á ocuparnos han sido compuestos casi todos en Castilla. Las otras provincias tenian dialectos diferentes.

En esta poesia la influencia árabe no se deja sentir. Los castellanos, como otros pueblos europeos, han tomado de los árabes un no escaso número de cuentos, novelas y apólogos, pero no los han imitado en la poesía; y, asi como no hay nada mas opuesto que

el carácter de estas dos naciones, tampoco hay nada mas desemejante que sus versos. En la poesía de los moros se reconoce el espíritu de una raza viva, ingeniosa impresionable y culta, aunque debilitada por un clima apacible y por las sensualidades de la civilización: íntima y soñadora, gusta perderse en la contemplación de la naturaleza; los bosques, los lagos, las flores, las estrellas, las puestas de sol todo tiene voces para el moro que se complace en esa dulce melancolía que profundiza las heridas del corazón ó las crea, cuando no existen: hija de los palacios y calcada en los antiguos modelos, esa poesía era ininteligible para los extranjeros, aunque hubiesen permanecido mucho tiempo entre los árabes (1), y aún hasta cierto punto para el común de las gentes. Para comprenderla bien, y apreciarla en todos sus matices y delicadezas es necesario haber estudiado mucho tiempo y seriamente los grandes maestros de la antigüedad y sus doctos comentadores. Ella es casi exclusivamente lírica, pues los árabes cuando quieren referir, se valen de la prosa; creerían envilecer la poesía si la empleasen en la narración. Aun la llamada popular, cuando no trata de asuntos bur-

(1) Compárese Maccari t. II p. 752, l. 1 y 2.

lescos, como de ordinario acontece, presenta en el fondo el mismo carácter, y si se distingue de la clásica, es más bien por el pensamiento que por la forma.

Una poesía tan erudita y convencional no podía halagar al castellano, aun cuando la hubiese comprendido. Hombre de acción, acostumbrado á las rudas pruebas de la vida campestre, y viviendo en medio de una naturaleza triste y austera, creó una poesía narrativa en armonía con sus propensiones naturales. Los romances cuentan un solo hecho de una manera sencilla, breve y vigorosa: el hecho mismo ha impresionado al poeta y por eso lo cuenta; no describe estela impresión que le ha producido, ni añade sus propias observaciones al relato; léjos de buscar una dición exornada y poética, ni aun parece sospechar que es poeta: el arte de las transiciones le es desconocida, por eso los romances presentan á menudo algo enigmático, porque, dotado el poeta de una imaginación viva, pasa en silencio las circunstancias accesorias, y cuando dá más de lo que estrictamente hay derecho á pedirle, entonces pinta con un solo rasgo, que habla directamente al corazón y á la fantasía.

En el fondo de estos romances habia casi siempre una idea política: el castellano tam-

bien tenia sus sueños, sueños de grandeza nacional, y ¡cuán audaces eran esos sueños! ¡Cuán ariogantemente creia en ellos el castellano! Lo que habia soñado llegó á ser para él la realidad misma. Fernando I hizo grandes cosas: arrebató á los moros una gran parte de Portugal y estuvo á punto de apoderarse de Valencia ¿pero qué era todo esto en comparacion de los altos hechos, que los poetas, que los cantores, le atribuyeron, como le atribuyó á su ejemplo la Crónica Alfonsina? El emperador de Alemania, cuentan, habia exigido que Fernando le reconociese por su soberano y le pagase un tributo anual: el Papa y el rey de Francia habian apoyado esta pretension: ¿qué hizo Fernando entonces? El antiguo canto de guerra, que se encuentra en la *Crónica Rimada* nos lo dice en pocas palabras:

«A pessar de Francesés, los puertos de Aspa
(passó;
á pessar de reys é de emperadores, á pessar de
(Romanos dentro en Paris entró,
con gentes honrradas, que de España sacó»

Fernando consiguió la victoria sobre los Franceses, los Italianos, los Alemanes, los Flamencos, los Armenios, los Persas y los de Ultramar reunidos!

La poesía castellana, estaba, pues, unida á la realidad en cuanto no aspiraba á lo ideal ni á lo infinito; pero no por eso dejaba de imprimir á la realidad misma un carácter poético y realizaba sus colores de modo de que desapareciesen los primitivos: el prisma que se servía, hacía los objetos incognocibles y donde decía, por ejemplo, Fernando; hubiera podido decir con igual razon, Rolando ú Olivero: estos dos nombres pertenecian á una época lejana y casi mítica, Fernando pertenecia á la historia del siglo XI, y el canto guerrero que celebra á sus expediciones es del siglo siguiente; asi un tiempo muy corto, relativamente hablando, bastó para transformar á un rey histórico en un rey fabuloso: he aquí un fenómeno muy digno de atraer la atención y particularmente la de España. En ninguna otra parte ha sido metamorfoseado un rey del siglo XVI, como lo fué Fernando, y sin embargo no era este para el pueblo el gran héroe de este siglo; ese gran héroe era el Cid.

Este lo fué ya cincuenta años despues de su muerte. Sobre esta materia poseemos un testimonio irrecusable, el de un biógrafo de Alfonso VII, que escribió poco despues de la muerte de este monarca, es decir, poco despues del año 1157. En el catálogo

que trae este autor de los caballeros que asistieron al sitio de Almería, habla de Alvar-Rodríguez, nieto de Alvar-Fañez y de este último, á quien coloca en la misma línea que á Rolando y Olivero, y por último, queriendo ensalzarlo aún más, añade estas palabras: «el mismo Rodrigo, llamado siempre *Mio Cid*, de quien se dice que jamás fué vencido y que dominó á los moros así como nuestros condes;—este Rodrigo alababa á Alvar y se consideraba inferior á él. Sin embargo, debo confesar y (nunca se juzgará de otro modo) que entre los héroes, *Mio Cid* fué el primero y Alvar el segundo» (1).

Mas por qué el Cid há llegado á ser el héroe de las poesías populares? Diríase que él era poco á propósito para serlo; él, el desterrado que pasó los años mas hermosos de su vida al servicio de los reyes árabes de Zaragoza; él, que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; él, el aventurero cuyos soldados pertenecian en gran par-

- (1) Ipse Rodericus, Mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatur,
Qui domuit Mauros, Comites domuit quoque nostros,
Nunc extollebat, se laude minore ferebat;
Sed fateor virum, quod tollet nulla dierum,
Meo Cidi primus fuit, Alvarus atque secundus.
Morté Roderici Valentia plangit amici,
Nec valuit Christi famulus ea (eam?) plus retinere.

te á la hez de la sociedad musulmana, y que combatía como soldado de oficio, ora por Cristo, ora por Mahoma, preocupado solo del sueldo que habia de ganar y del botin que tenia que recoger; él, ese Raul de Cambray que robó y destruyó tantas iglesias; él, ese hombre sin fé ni ley, que procuró á Sancho de Castilla la posesion del reino de Leon por una traicion infame; él, que engañaba á Alfonso, á los reyes árabes, á todo el mundo, que faltaba á las capitulaciones y á los juramentos mas solemnes; él, que quemaba sus prisioneros á fuego lento y los hacia despedazar por sus dogos ¿tendrán razón los que piensan que el pueblo, en la eleccion de sus héroes cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho?

Lo cierto es que, lo que la moralidad moderna condenaria en la conducta del Cid, ha sido juzgado de otro modo por sus contemporáneos. El sacrilegio en tiempo de guerra era entónces muy comun, y los que incurrian en él, tales como Raul de Cambray y Alfonso el Batallador (1), no perdian por eso su fama. La humanidad con los enemigos de

(1) Véase «Historia Compostelana,» (*Esp. Sagr.*, t. XX, p. 117).

otra religion era, por el contrario, cualidad rara: para los cristianos, los musulmanes apenas eran hombres. «Si alguno, dice Sanchó de Aragon en los fueros de Jaca, dados en 1090 (1), si alguno ha recibido en prenda de su vecino (un esclavo) sarraceno, envíelo á mi palacio, y déle su dueño pan y agua, *porque es un hombre y no debe ayunar*, (es decir, morir de hambre y de sed) *como una bestia.*» Esta es sin duda una ordenanza muy humana; pero, cuál sería la idea que se formaban de un musulman, allí donde tales leyes, tales admoniciones eran necesarias? El patriotismo era una virtud completamente desconocida; la lengua no tenia una palabra para expresar esta idea. Un caballero de la Edad Media no combatia por su pátria, ni por su religion; combatia, como el Cid, *para tener de que comer*, fuera á las órdenes de un príncipe castellano, fuera á las de un musulman, y lo que hizo el Cid los más ilustres guerreros, sin exceptuar los príncipes de la sangre, lo ejecutaron ántes y despues que él. Su contemporáneo y enemigo García Ordoñez, segundo personaje del Estado, pasó al servicio de los almoravides despues de la batalla de Salatrices,

(1) *Apud* Llorente, *Prov. vascong.* t. III, p. 456.

en 1106 (1), y dos siglos y medio más tarde otro príncipe de la sangre, D. Juan Manuel, célebre autor del *Conde Lucanor*, combatió al rey con tropas musulmanas. El engaño y la perfidia estaban á la órden del dia y bajo esta relacion, los españoles habian aprovechado bien su comercio con los árabes. *Al-harbo jodaton, hacer la guerra es engañar*, habia dicho el profeta de la Meca, y los héroes árabes no se preciaban en modo alguno de veraces; así, el célebre Mohallab, cuyos hechos y proezas tanto admiraban á Rodrigo cuando los oia leer (2) era apellidado *el mentiroso* y los autores árabes léjos de censurar su mala fé, se expresan en estos términos: «Mohallab, como teólogo distinguido, conocia las palabras del profeta que dicen: Toda mentira será reputada como tal á escepcion de tres, la que se dice para reconciliar á dos personas que están reñidas, la del esposo para con la esposa cuando le promete algo, y la del capitan en tiempo de guerra.» (3) En la España cristiana se pensaba lo mismo y hasta el Cid idealizado, el de la Cancion, es un hombre que recurre á menudo al engaño. Engaña en la

(1) Pedro de Leon, *aqud Sandoval*, f. 69, col. 1.

(2) Vease más arriba, p. 27.

(3) Ibn-Palikán, Fasc. 9, p. 47 y 48.

córte á los infantes de Carrion, cuando les vuelve á pedir sus dos espadas, engaña á dos judíos en Búrgos, Raquel y Vidas, pues habiéndole tomado prestados seiscientos marcos, les dió en cambio dos cofres llenos de arena, haciéndoles creer que en ellos habia dejado sus tesoros y recomendándoles que no los abriesen en un año. Un poeta moderno hace decir á la hija del Cid con esta ocasion:

«El oro de vuestra palabra estaba dentro,»
pero esta no era la idea del viejo juglar, que refiere solamente la aventura para mostrar que el Cid era un hombre sagaz y astuto, pues en ninguna parte dice que su héroe devolviera nunca á los judíos el dinero que les habia cogido.

No debe pedirse al Cid de la realidad esos sentimientos de humanidad, de desinterés, de lealtad y patriotismo que nacieron despues de él. El Cid tenia las ideas y las virtudes de su tiempo: una mezcla de astucia y de audacia, de prudencia y de intrepidez, cualidades que Ibn-Bassâm ha dibujado perfectamente y por las cuales llama á Rodrigo, *uno de los milagros del Señor*. Era además el gefe más poderoso del siglo XI y el único que conquistó por sí solo un principado, in-

flamando por esto la fantasía popular; pero lo que más contribuyó á hacerle el ídolo de los castellanos, rebelados casi siempre contra sus señores (1), los reyes de Leon, extranjeros para ellos, fué que combatió contra su soberano, así como Bernardo del Carpio y Fernan Gonzalez, otros dos héroes de sus poesías. Lo demás nada importaba.

Eran aún muy rudas las costumbres para que pudiesen apreciarse las cualidades morales de un orden más elevado. El Cid que vamos á estudiar ahora, el de la *Crónica rimada, Cancionero y Romancero del siglo IX*, tiene para nosotros tan poco atractivo, como el de la realidad. Considerándolo como una virtud lo que nosotros consideramos como un defecto, los más antiguos poetas castellanos se han complacido en exagerar la fiereza de Rodrigo, haciendo de él un gefe altanero y violento que trata á su rey con abrumador desprecio, y en su ódio hácia la magestad real, han presentado ese rey, á quien daban el nombre de Fernando, como un personaje ridículo que palidecia ante una

(1) Castella vires (i. e. viri) per sæcula fuere rebelles;
Inclita Castella, ciens sævissima bella,
Vix cuiquam Regum voluit submittere collum;
Indomite vixit, cæli lux quandiu luxit;

espada y cuya incapacidad era completa.
Hé aquí, por ejemplo, lo que se lee en la
Crónica rimada:

«Quando llegó á Bivar, don Diego estaba folgando,
Dixo: «Omillome a vos, señor, ca vos trayo buen man-
[dado.

Enbia por vos e por vuestro fijo el buen rey don Fer-
[nando.

Vedes aquí sus cartas firmadas que vos trayo
que, sy Diós quisiere, será ayna Rodrigo encimado. •

Don Diego cató las cartas é ovo la (*sic*) color mudado.

Sospechó que por la muerte del conde queria el rey
[matarlo.

»Oytme, «dixo,» mi fijo, mientes catedes aca:

Temome de aquestas cartas, que anden con falsedat;

é desto los rreys (*sic*) muy malas costumbres han.

Al rey que vos servides, servillo muy sin arte.

Assy vos aguardat dél como de enemigo mortal.

Ffijo, passatvos para Faro do vuestro tyo Ruy Laines

[está;

e yo iré a la córte do el buen rey está.

E sy a (*sic*) por aventura el rey me matare,

vos e vuestros tios poderme hedes vengar. •

Ally dixo Rodrigo: »E. esso non seria la verdat.

Por lo que vos passaredes, por esso quiero yo passar.

Magüer sodes mi padre, quierovos yo aconsejar.

Trecientos cavalleros todos convusco los levat;

á la entrada de Çamora, señor, a mi los dat. •

Essa ora dixo don Diego: »Pues pensemos de andar. •

Metense a los caminos; para Çamora van.

A la entrada de Çamora, al lado duero cay,

armanse los tresientos, e Rodrigo otro tale.

Desde que los vió Rodrigo armados, començo de fablar:

»Oytme, «dixo,» amigos, parientes e vasallos de mi pa-
[dre;
aguardat vuestro señor sin engaño e sin arte.
Si vieredes que el alguasil lo quisiere prender, mucho
[apriessa lo matat.
Tan negro dia aya el rey commo los otros que ay es-
[tan.
Non vos pueden desir traydores por vos al rey matar;
que non somos sus vasallos, nin Dios non lo mande;
que mas traydor serya el rey, si a mi padre matasse.
Todos disen a el que el que (*sic*) mató al conde lo-
[sano.
Quando Rodrigo bolvió los ojos, todos yvan derra-
[mando.
Avient muy grant pavor dél e muy grande espanto. (1)

Todos se apearon juntos
Para al Rey besar la mano
Rodrigo solo quedó
Encima de su caballo.
Entónçes habló su padre,
Bien oiréis lo que ha hablado.
—Apeaos, hijo mio,
Besaréis al rey la mano,
Porqu'el es vuestro señor,
Vos, hijo, sois su vasallo. —
Desque Rodrigo esto oyó
Sintióse muy agraviado:
Las palabras que respode
Son de hombre muy enojado.

(1) *Crónica rimada*. Verso 365 al 398 inclusives, y 400 al 403, también inclusives. Apéndice IV al *Romancero general* de D. Agustín Durán. Tomo II, p. 665. Edición del año 1851. — N. del T.

—Si otro me lo dijera
Ya me lo hubiera pagado;
Mos por mandarlo vos, padre,
Yo lo haré de buen grado.—(1)

Rodrigo fincó los ynojos por le bessar la mano.
El espada traya luenga; el roy fué mal espantado.
A graudes voses dixo: »Tiratme alla esse pecado.«
Dixo estonce don Rodrigo: »Querria mas un clavo,
que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal amansella-
[do.】 (2)

Más tarde, cuando Rodrigo consiguió una victoria y Fernando le pidió la quinta parte del botín: en qué pensais? le respondió: «Se la daré á mis soldados que la han merecido bien.» Entónces Fernando le suplicó que á lo ménos le cediese al rey moro, que habia hecho prisionero. «De ningun modo, replicó el castellano, cuando un caballero ha hecho cautivo á otro no debe deshonorarlo;» y el rey moro llega á ser su vasallo, y se bate valientemente bajo su bandera, y le paga tributo, como Cadir lo hacía con el Cid de la realidad.

En la continuacion de la *Crónica*, Rodri-

(1) Obra del Sr. D. Agustín Durán, antes citada, t. I, p. 482. Romance 731.—N. del T.

(2) Obra citada del Sr. Durán, loco cit. versos 405 al 410, ambos inclusivos.—N. del T.

go es quien lo hace todo: Fernando que le dice: «governad mis estados á vuestro albedrío; no es más que un miserable Juan de las viñas, á quien él tira del hilo.» Obligado por el emperador de Alemania á reconocer su soberanía, Fernando no sabe qué hacer. «Ven que soy jóven y sin conocimientos, esclama, y por eso me tratan con tanta arrogancia. Enviaré á buscar mis vasallos y les preguntaré si debo pagar tributo.» Luego, cuando la batalla vá á empeñarse contra las fuerzas reunidas de Europa, se lamenta como un niño, sin que nadie preste atención á sus quejas y Rodrigo es el que gana la batalla. Más tarde los aliados toman á éste por señor y el papa le ofrece la corona de España; sin embargo, el Cid trata á este último del mismo modo que á su rey, como lo atestigua esté romance: (1).


•A concilio dentro en Roma
El Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa,
Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho,
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado:
El Rey con gran cortésia

(1) A concilio dentro en Roma.

Al Papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo había entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abajo.
Fuése á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado;
La silla era de marfil
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su Rey
Y subióla en lo más alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el Saboyano:
— Maldito seas, Rodrigo,
Del Papa descomulgado,
Porque deshonoraste un Rey
El mejor y máspreciado. —
Oyendo el Cid sus razones
D'esta manera ha hablado:
— Dejemos los reyes, Duque,
Y si os sentís agraviado
Hayámoslo entre los dos;
De mí á vos sea demandado. —
Allegóse cabe el Duque,
Un gran repujon le ha dado:
El Duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El Papa cuando lo supo

Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa,
Si no, seráos mal contado.

Este romance no es el solo en que el Cid muestra ese carácter altanero é indisciplinado, que ostenta en la *Crónica rimada*. Otro que, á juzgar por su forma actual y por las descripciones de las costumbres, no es de los más antiguos, aunque su inspiracion me parece ser de una antigüedad muy remota, está concebido en estos términos:



En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro,
Y una ballesta de palo,
Y con unos Evangelios
Y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen Rey ponen espanto:
—Villanos máente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Astúrias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Máente con aguijadas
No con lanzas ni con dardos,